

Mujeres ecologistas y urbanas ¿algún vínculo especial con la vida?

Marta PASCUAL

educacionambiental@ecologistasenaccion.org

Yayo HERRERO

dinamizacion@ecologistasenaccion.org

Ecologistas en Acción. Madrid

Recibido: 20.10.2010

Aceptado: 6.02.2011

RESUMEN

Las mujeres que vivimos en grandes ciudades seguimos estando vinculadas con el mantenimiento de las condiciones esenciales de la supervivencia. Más allá del imprescindible trabajo de cuidados –que nos es impuesto por el sistema patriarcal– estamos muy presentes en espacios públicos relacionados con la vida buena, como son la salud, la educación, las relaciones comunitarias o la alimentación. Nuestras formas de participación asociativa se acercan a la ética del cuidado, la construcción colectiva o la resolución cooperativa de conflictos. Son vínculos y modos de hacer que habrán de valorarse y generalizarse en una sociedad que se pretenda equitativa, antipatriarcal y sostenible.

Palabras clave: Ecofeminismo urbano, Ecodependencia, Trabajo de cuidados, Ética del cuidado, Ecologismo social antipatriarcal.

Ecological and urban women, any special link with life?

ABSTRACT

Women who live in big cities are still closely involved in work concerning essential conditions for survival. Beyond our involvement in the essential work of caring for others -which is imposed on us by the patriarchal system- we are also very present in public spaces related to “the good life” i.e. health care, education, social relationships, nutrition, etc. Our manner of participating in communities involves care ethics, collective production or cooperative problem-solving. These are matters that need to be valued and extended in any society seeking to be more equal, antipatriarchal and sustainable.

Key words: Urban ecofeminism, Eco-dependency, Care work, Care ethics, Antipatriarchal social ecology.

Las mujeres empiezan a ser visibles en algunas luchas en defensa de ríos o de bosques, en la resistencia a la ocupación de su territorio por parte de empresas mineras o multinacionales de la agroindustria, en la conservación de cultivos tradicionales frente a la presión de los vendedores de productos fitosanitarios... A la par de esta visibilización se desarrolla la denuncia del sometimiento paralelo de la naturaleza y las mujeres, dos “colonias del hombre blanco” al decir de Vandana

Shiva ¹de las que depende nuestra supervivencia, una denuncia que complejiza la que hizo el feminismo sobre la división sexual del trabajo en las sociedades patriarcales.

La cercanía entre las mujeres y los mil trabajos de mantenimiento de la vida parece evidente si pensamos en aquellas que viven en culturas rurales. Sin embargo más de la mitad de las mujeres del planeta viven en ciudades. No recolectan semillas, no gestionan granjas comunitarias, en muchas ocasiones tampoco cuidan de hijos o hijas.

Nos preguntamos aquí si existen vínculos que nos permiten mantener que también en la ciudad mujeres y supervivencia están intrínsecamente relacionadas, y por tanto habrán de ser maestras de sostenibilidad para toda la sociedad. También nos preguntamos sobre su papel en el activismo ecologista, es decir, si estas formas de hacer de las mujeres, de alguna forma se incorporan a la militancia. Esto lo hacemos desde la experiencia concreta del grupo de Ecologistas en Acción de Madrid.

1. LA TIERRA DE LAS MUJERES SIN TIERRA

La ciudad es una piel de cemento, cables, asfalto y ladrillos que cubre la cubierta viva de la tierra. Nuestro hábitat está formado por muchos kilómetros cuadrados de superficie urbanizada, ocupados por un continuo de bloques, recorridos por vías para el tráfico rodado, salpicados de grandes superficies comerciales. Nuestros pies pisan suelo artificial de la mañana a la noche, nuestros ojos difícilmente contemplan un horizonte natural. Este es el contexto que percibimos y en el que se configura nuestra construcción de la realidad. Podemos decir que nuestro cerebro está ocupado en gran parte por realidades artificiales. Nuestro vínculo con los ecosistemas vivos no es explícito y no se deriva fácilmente de la experiencia directa.

De estas mujeres, somos millones las que vivimos en el Norte rico. Nuestro mundo simbólico y cultural está colonizado por la cultura del desarrollo. Hombres y mujeres hemos crecido en un modelo de bienestar profundamente vinculado al aumento de los consumos y a la ausencia de esfuerzos y molestias. Salvar alturas con escaleras mecánicas, mantener los edificios a una temperatura constante en condiciones climatológicas diferentes, desplazarse a gran velocidad hasta lugares remotos o comunicarse de forma inmediata con personas que están muy lejos se convierten en elementos innegociables de nuestro modo de vida. En el Norte rico hemos vivido el lado *exitoso* de un desarrollo apoyado en la usurpación de recursos

¹ Vandana SHIVA, *Abrazar la vida. Mujer, ecología y desarrollo*, trad. Instituto del Tercer Mundo de Montevideo (Uruguay), Madrid, Cuadernos inacabados 18, ed. horas y HORAS, 1995.

del Sur. Las mujeres no estamos al margen de la colonización cultural que el modelo capitalista ejerce a través de la publicidad y del mercado.

Valores de la Ilustración que han servido a la emancipación femenina –como son la libertad individual y el progreso– han sido cooptados por el sistema económico capitalista y se han convertido con el tiempo en enemigos de casi toda la humanidad. La libertad que nos ofrecen las ciudades ha permitido evadir la presión social sobre ciertas conductas demonizadas por el patriarcado. Sobrepasar límites (en la sexualidad, en los movimientos, en el acceso a los recursos) ha sido esencial para las mujeres. El progreso nos ha facilitado liberarnos de la naturalización que nos encarcelaba en la maternidad y “el eterno femenino”. Pero el mercado ha utilizado el deseo de libertad para aislar a la población en modos de vida individualistas y anónimos (y, de paso, más consumistas), haciéndole pagar un precio en soledad. Junto con la superación deseable de determinados límites se ha fortalecido una cultura prepotente que niega los límites del planeta (en beneficio de grandes empresas) y permite a unos pocos explotar los recursos hasta el agotamiento. En este contexto es fácil olvidar nuestra ecoddependencia.

¿Podemos decir en este espacio metropolitano y *desarrollado* –sin dejar de ser patriarcal– que las prácticas de trabajo y los conocimientos de las mujeres están más cercanos a los modos de vida sostenibles?

En el mundo urbano las mujeres no realizamos trabajos de subsistencia, no somos agricultoras, acarreamos agua o tejemos nuestras ropas. Sin embargo, la vida y la red que la sostiene existe. Prueba de ello es que los seres humanos estamos vivos. Las metrópolis son estructuras complejas que generan un metabolismo por el que miles de toneladas de materiales entran cada día a las grandes superficies y otros tantos salen contaminados o degradados.

En la venta de sueños que es el proyecto desarrollista, hay quien ha perdido más y quien ha perdido menos. Si comparamos mujeres y hombres, las primeras han sido una vez más las grandes perdedoras. Por eso tienen mayor facilidad para comprender los puntos oscuros de la propuesta del progreso: sufren una mayor soledad y aislamiento doméstico, así como una mayor dependencia económica (al participar en menor medida del trabajo asalariado, imprescindible en el entorno urbano), tienen mayor preocupación y ofrecen mayor resistencia al consumo de transgénicos o productos que puedan ser tóxicos...

La vida que se reproduce en las ciudades es esencialmente la vida humana. Pero también en la gran urbe se dan procesos de transformación que pueden responder a lógicas sostenibles o insostenibles: actividades de aprovisionamiento, de transformación, de mantenimiento, de reproducción, de crianza, de cuidado de la enfermedad... Esos procesos sí son claramente observables, especialmente para las mujeres que los sustentan. Sin embargo el sistema económico, al tiempo que se aprovecha de ellos, los relega al espacio *improductivo* e invisible –según la economía ortodoxa– de lo privado.

Contemplándonos como especie, observamos que la reproducción y el cuidado de nuestras vidas ocurre de forma prioritaria en el nicho básico del animal humano: el espacio doméstico. Dentro de él son las mujeres quienes asumen las mayores responsabilidades y las más penosas, recibiendo una escasa valoración a pesar de ser estas tareas imprescindibles.

En este hábitat convivencial se toman innumerables decisiones políticas (de consumo, de gestión de los recursos, de reparto de responsabilidades, de gestión del tiempo, de distribución del poder). En él toman protagonismo la vida, la necesidad de consuelo, la conservación de alimentos, se conoce la trascendencia del nacimiento, la enfermedad o la muerte.

Es un espacio aislado (los trapos sucios se lavan en casa) por decisión política del patriarcado. Pero puede convertirse en un Espacio político con potencial transformador si los hogares se ponen en relación y los hombres asumen esa mitad de las tareas penosas que les corresponde. Las redes de mujeres que abren sus espacios privados a luchas colectivas son especialmente necesarias en las grandes ciudades, que promueven el aislamiento y el anonimato.

A pesar de esa parcial colonización desarrollista que ha alcanzado a hombres y mujeres del mundo urbano desarrollado, estas últimas parecen manejar en los entornos de convivencia ciertos modos de hacer más acordes con la supervivencia. La división sexual del trabajo (obligada y consolidada por el capitalismo del Norte) nos ha *permitido* mantener una sensatez vital esencial que lleva, por ejemplo, a priorizar la supervivencia por encima de luchas de poder, o la satisfacción de necesidades por encima de los logros deslumbrantes. Podemos decir, sin generalizar, que normalmente no estamos seducidas por los bombarderos, no nos interesa el deporte de la caza, no coleccionamos soldaditos, ni nos apasionan las carreras de Fórmula I.

Las mujeres saben que los trabajos que realizan no pueden dejar de hacerse. Resuelven esa necesidad de diferentes formas. Las que tiene recursos se valen para ello del mercado laboral (contratando a otras mujeres que trabajan en condiciones de precariedad), quienes no disponen de recursos se organizan como pueden en redes femeninas de abuelas, amigas..., casi siempre al margen de los hombres. Pero estas tareas en sí mismas se resuelven dentro de una lógica que no tiene que ver con la del mercado laboral.

Los trabajos de cuidados se dirigen al mantenimiento de procesos. Que todos los días haya comida preparada para alimentarse obliga a no vaciar la despensa, pues se cuenta con la necesidad de resolver la alimentación en el futuro. El proceso gana protagonismo frente al producto final, que en muchos casos no existe. Podemos decir que el producto del cuidado es su proceso.

La reutilización, el mantenimiento y el ahorro (aunque de forma decreciente) son hábitos del trabajo doméstico. El remiendo, el aprovechamiento de las sobras, las conservas, pasarse la ropa de los niños/as son ejercicios cotidianos de sostenibilidad a pequeña escala.

Frente a la máxima del crecimiento, *más es mejor*, las tareas de cuidados necesitan de la medida y el equilibrio. Bienes como la protección o el abrigo no son deseables por encima o por debajo de ciertos umbrales necesarios. Algo muy alejado del productivismo creciente de la economía mercantil.

Otra condición de estas tareas es la interdependencia y el carácter comunitario en la medida en que la vida urbana lo permite. En la puerta de los colegios se dan multitud de intercambios de ayuda mutua.

Los trabajos domésticos, como los ecosistemas, practican el respeto a la diversidad. El trato se ajusta a las condiciones de cada persona, a las diferentes necesidades e incluso deseos. El abuelo no come lo mismo que la hija menor, ni a la misma hora.

Frente a los trabajos del espacio productivo, a menudo fragmentarios y no comprendidos por quienes los realizan, estos son trabajos globales, pues para llevarlos a cabo es necesario manejar procesos completos (o amplios). A pesar de no ocuparse de la producción agrícola, las mujeres urbanas son conscientes de la cadena de tareas interdependientes implicadas en la nutrición (decidir menús, comprar, conservar, cocinar, aprovechar, gestionar los residuos...)

Por último podemos señalar el carácter *humano* de estos trabajos. En ellos ocurre el intercambio emocional, los aprendizajes iniciales de la vida, la consideración y el acompañamiento afectivo, imprescindibles para el bienestar de las personas. Esto no quiere decir que sean siempre agradables. En muchos casos son trabajos muy exigentes, penosos y repetitivos, derivados de un reparto injusto de cargas entre mujeres y hombres que el patriarcado sostiene.

Globalidad, diversidad, interdependencia, proceso, equilibrio, son condiciones del trabajo reproductivo en la sociedad humana y también en los ecosistemas naturales.

Podemos decir que los trabajos que podemos llamar domésticos, de cuidados, reproductivos, ejercen un anticapitalismo latente, inconsciente o implícito y cumplen condiciones de sostenibilidad que deberían extrapolarse a otros espacios productivos. Sin embargo, sin la presencia equitativa de los hombres en ellos no se puede hablar de una sociedad realmente sostenible.

2. LA CIUDAD DE LAS MUJERES

Pero la contribución de las mujeres a una sostenibilidad futura no se agota en el modelo de resolución del trabajo de cuidados. Las mujeres miran más por la ventana y caminan más el territorio. Por su forma de habitar (más recorridos a pie a lugares cercanos, más tiempo en la casa o el barrio) reconocen el espacio próximo urbano como espacio a defender: parques, plazas, calles, espacios de consumo... No es extraño encontrarlas defendiendo árboles, restos de vida vegetal (Talas de la autopista M30, manifestaciones vecinales...). Existen espacios comunitarios en las ciudades que tienen que ver muy directamente con la supervivencia humana en condiciones de dignidad, en los que se da una fuerte presencia femenina. Citaremos algunos ejemplos.

Los grupos de consumo se dedican a gestionar la alimentación con criterios de cercanía entre producción y consumo y de sostenibilidad en los procesos agropecuarios (agricultura y ganadería ecológicas). En estos colectivos, hay muchas mujeres activas. Más allá de ocuparse de la resolución concreta de la comida diaria, generan intervenciones a favor de otros modos de producción de alimentos, la soberanía alimentaria o la construcción de mercados justos.

Las redes asociativas de apoyo social están formadas mayoritariamente por mujeres (con la salvedad de los puestos directivos y de representación, en los que *curiosamente*, una vez más, la presencia masculina es mayor). Las asociaciones de ayuda a menores con discapacidad, los grupos de autoayuda, las asociaciones de vecinos y vecinas, de familiares de enfermos con Alzheimer, se nutren del trabajo de mujeres. Y más allá de los derechos concretos de las personas que los forman, buscan cambiar normativas, generar recursos y establecer legislaciones respetuosas con las personas en dificultad.

Grupos como las Madres contra la Droga defienden la vida de sus hijos, pero al tiempo denuncian el poder de los narconegocios, la connivencia de autoridades, la complicidad de la policía o la precariedad material de los barrios en los que viven. Movimientos pacifistas (Mujeres de negro, MOC), por la salud, en defensa de los espacios públicos, en la economía solidaria (finanzas éticas, cooperativismo) acogen a gran cantidad de mujeres.

Grupos feministas trabajan desde hace décadas por dignificar las condiciones laborales de las mujeres que realizan trabajo doméstico (un trabajo con un régimen especial por el que no se le reconocen iguales derechos laborales que al resto) y también de quienes han accedido al mercado laboral y sufren discriminaciones en el salario o la promoción.

En el Norte rico la defensa de la supervivencia es más difícil a causa de la mayor ignorancia de los procesos naturales de interdependencia, pero también por

las ventajas inmediatas que obtenemos del deterioro natural (a pesar de los perjuicios a medio y largo plazo), pero por ello es mucho más necesaria.

En el movimiento ecologista urbano la presencia de las mujeres no es tan clara. Quizá lo sea –aunque es un asunto poco estudiado– en luchas territoriales ante la tala de árboles o la eliminación de espacios públicos. Sin embargo nuestra experiencia en un grupo local de la Confederación Ecologistas en Acción (en concreto en el grupo de Madrid) es que existen modos de hacer más cercanos a la sostenibilidad social que sí calan en la militancia ecologista.

3. MUJERES EN UN GRUPO ECOLOGISTA

Un movimiento social es un mediador entre el presente y la utopía, pero también puede ser un mínimo laboratorio de utopías. El cómo se camina hacia un futuro deseable es parte del diseño de ese futuro. En este sentido, son valiosas las estructuras de funcionamiento, modos de comunicación, toma de decisiones o gestión de la participación en estos grupos.

Comenzaremos por un breve análisis del lugar donde nos encontramos. Somos mujeres activistas de un grupo ecologista local formado por hombres y mujeres dentro de una gran confederación de grupos ecologistas. Pertenecemos a un colectivo donde el interés y respeto por la vida pone más fácil –aunque no obligatorio– entender a las mujeres como parte necesaria de la vida.

Según datos de hace pocos años, si atendemos al asociacionismo, más de la mitad está formado por mujeres, pero si atendemos al activismo encontramos una mayoría de hombres. La presencia pública femenina (debates, propuestas, exterior) se va reduciendo según sube el nivel de representatividad. Las edades de las mujeres activistas son, en general, menores que las de los hombres. No hay muchas de más de 35 años. Muy pocas mantienen el activismo teniendo hijos o hijas.

Vemos que el grupo está en buena parte sensibilizado e interesado. Se da una aceptación *racional* de las reivindicaciones y juicios de las mujeres. Hace más de un año la asamblea estatal eligió el ecofeminismo como uno de los principales ejes de trabajo. “Si el decrecimiento es el destino, el ecofeminismo puede ser el camino”, se decía. Hace algo menos de un año hemos creado un grupo estable de ecofeminismo que se dedica a formación interna y externa.

También hemos incorporado algún servicio de atención a niñas y niños que favorezca la participación de sus madres y padres, poniendo esfuerzo en que este trabajo sea realizado al menos por una mitad de hombres.

Pero junto con esta voluntad, también encontramos recelo (de hombres y también de mujeres) y modos impositivos *clásicos* de actuación y comunicación.

Sin embargo creemos que nuestra forma de participar en el colectivo está facilitando estructuras y formas de relación más acordes con una sociedad sostenible. Los movimientos sociales han aprendido sus modos de funcionamiento en organizaciones sindicales o partidos políticos, que a su vez han tomado elementos del espacio de trabajo mercantil. Aunque en muchos de ellos se ha avanzado hacia estilos más participativos, horizontales y respetuosos con las personas, se mantienen hábitos que les alejan de esas condiciones del trabajo doméstico y de los trabajos de la naturaleza que antes citábamos. Productividad, búsqueda de resultados rápidos, fragmentación del trabajo, distancia de los afectos, homogeneidad... marcan a veces la actividad asociativa dando lugar a conflictos, divisiones internas o abandono de la militancia.

Haciendo un análisis optimista de los modos de hacer de nuestro grupo creemos que están arraigando en nuestra asociación formas menos *masculinos* (en el sentido clásico de la palabra). No son procesos consolidados, ni siquiera generalizados, ni quizá estables en el tiempo, pero apuntan en una dirección que queremos sea contagiosa. Mujeres y también hombres estamos empujando un cierto giro en los modos de decidir, hablar, actuar o resolver dificultades y estamos demostrando que esos modos son válidos e incluso más eficaces a medio y largo plazo.

4. ENSAYOS DE NUEVAS RELACIONES

La filosofía de fondo de estos modos tiene que ver con lo que se llama la *ética del cuidado*. En nuestros análisis de género pretendemos no caer en el maniqueísmo ni en la generalización, que da lugar a juicios desacertados e injustos. Nos enfrentamos a modos de hacer patriarcales, a machismos y micromachismos, no a compañeros concretos con los que compartimos trabajos y utopías.

Haremos un repaso de algunas de estas formas organizativas y comunicativas: El diálogo y el debate son las herramientas de trabajo esencial de los movimientos sociales. Han sido usados clásicamente como arma (para *batirse*) pero también se pueden entender usando la metáfora del tejido. Buscamos usos más distribuidos de la palabra (abusos menores del tiempo de palabra), limitando tiempos cuando este es un recurso escaso. Intentamos una mayor diversidad de las voces y usamos técnicas para promoverla como es la moderación corregida (habla primero quien no ha hablado antes) o los cuchicheos (conversación previa con la persona más próxima para madurar una opinión). Rotamos la moderación. Proponemos la autolimitación de la palabra, haciendo a todo el grupo responsable de una moderación eficaz. Practicamos la escucha (consciente) de la persona, sabiendo que quien habla tiene historia, motivaciones diferentes y preocupaciones que le mueven a hacer sus planteamientos. La asamblea mensual es un laboratorio de comunicación y participación, una escuela de democracia. Por eso hemos buscado momentos de la asamblea para formamos como grupo en estrategias de participación.

En la regulación de conflictos y toma de decisiones intentamos primar la ética contextualizada frente a ética autónoma (normativa). La primera se apoya en la comprensión de razones y posturas y la segunda en la definición de criterios.

La acotación de competencias y procedimientos no debe impedirnos considerar cada caso como especial. Usamos las técnicas de la mediación informal frente a normativa de regulación o el arbitraje. La búsqueda del consenso —que no está exenta de dificultades y de imperfecciones— prima sobre la búsqueda de mayorías. Sabemos por experiencia que una mayoría ajustada no se puede considerar una victoria sino un problema. Las votaciones dejan perdedores y perdedoras, no tanto los consensos.

Defendemos la construcción colectiva del pensamiento frente al debate de ideas cerradas. Usamos el pensamiento en pareja o en grupo (reflexión previa). Nos interesa la flexibilidad de posturas y el reajuste de ideas. Lo colectivo es mejor que lo mío. Estamos ampliando las estructuras de coordinación, desde la idea de que si hay más gente decidiendo, las decisiones que se tomen, aunque sean más trabajosas, serán más sensatas.

Los modos duros e hirientes de enfrentamiento teórico no han desaparecido del todo, pero se convierten en un desprestigio para quien los emplea. La lógica práctica de la resolución prima frente a la lógica de la victoria o de la venganza.

Tenemos voluntad de hacernos existir como seres humanos. Buscamos ampliar nuestra capacidad de acogida, de detenernos, preguntar nombre, mirar a los ojos e interesarnos por quien llega. No siempre hay tiempo, pero vamos cambiando. Queremos visibilizar a personas en la sombra, valiosas pero discretas, que necesitan otras formas de participación, a veces más grupales o menos públicas. Pensamos que en una asociación las relaciones humanas que se tejen sirven también a los objetivos del ecologismo. Medio en broma, medio en serio, afirmamos que si caminamos hacia al colapso ecológico, mejor será hacerlo con gente a la que queremos.

Los espacios físicos en los que nos reunimos o trabajamos merecen ser cuidados, porque nos dan bienestar. Las oficinas de la asociación son lugares donde pasamos muchas horas. Somos responsables de su limpieza de forma rotativa. Mantener en orden ese espacio en una tarea en la que aún no vemos todo los cambios necesarios.

Intentamos incorporar otros usos del tiempo, aunque la saturación de tareas y la prisa son amenazas permanentes. Respetamos cada vez más el horario de comienzo y finalización de las actividades. Pero nuestros tiempos por el momento no son compatibles con la crianza o con ciertos cuidados.

Las mujeres aumentamos nuestra participación cuando se trata de asuntos que conectan más con la tierra, con el bienestar de las personas, con la justicia, con la educación... no tanto con la legislación, la normativa o los estudios. Tenemos interés por el territorio y por las propuestas concretas. En el enfoque de los temas estamos interesadas en los detalles (no sólo en los números y estructuras). Lanzamos una mirada próxima necesaria para equilibrar miradas a vista de pájaro. Preguntamos quién, qué, cómo (asunto ridiculizado como "marujeo"). Intentamos comunicar de forma comprensible, sencilla y pedagógica, (modos desprestigiados por algunas personas como falta de rigor)

Para finalizar, creemos que estas formas diferentes de hacer derivan en una visión más ecosistémica del activismo. Como las amas de casa, estamos pendientes al tiempo de varios palillos a tocar, nos interesa la red antes que la jerarquía, los procesos e interacciones antes que el cierre de procesos.

Estos modos de hacer, esta ética del cuidado en los movimientos sociales puede ser un experimento a generalizar. Camino largo, pero interesante de recorrer. Las mujeres tenemos hechos aprendizajes que serían más adaptativos en una sociedad comunitaria y equitativa. Fuera de ella, nos manejamos con más dificultad. Una razón más para avanzar hacia un nuevo modo de estar en el planeta.

El ecologismo social reivindica un modo equitativo de habitar el planeta. El respeto a la vida no es tal si no pasa por el respeto a las mujeres. Por eso ha de mantenerse la alerta: sería posible un equilibrio ecológico sin equidad de género. El feminismo no va necesariamente en la mochila de todos los ecologismos. Pero su presencia es innegociable en la agenda del ecologismo social.

BIBLIOGRAFÍA

SHIVA, Vandana (1995): *Abrazar la vida. Mujer, ecología y desarrollo*, trad. Instituto del Tercer Mundo de Montevideo (Uruguay), Madrid, Cuadernos inacabados 18, ed. horas y HORAS